Prólogo

Biopolítica y necropolítica en América Latina: violencias y resistencias

Montserrat Sagot R.

■ DOI: 10.54871/ca25bp02

América Latina es una de las regiones más desiguales del mundo en términos de distribución del ingreso (Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], 2019). Además, también presenta desigualdades históricas de género, así como desigualdades horizontales en torno a la raza y la etnicidad heredadas de un pasado colonial. Como lo plantean muchos estudios, las desigualdades y la privación económica muestran un efecto fuerte y causal en delitos como el asesinato (Bailey, 1984; Parker y Toth, 1990; Grana, 2001).

En ese sentido, América Latina es una de las regiones más violentas del mundo fuera de una zona de guerra abierta. Algunos de los países de la región, como Honduras, Guatemala, Venezuela, Brasil, Jamaica y México tienen algunas de las tasas de homicidios más altas (United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC], 2023). En 2021, ocho de los diez países con las tasas de homicidio más altas del mundo se encontraban en América Latina y el Caribe (UNODC, 2023).

Varios de los países de la región también presentan las tasas de femicidios más altas del planeta. Entre los veinticinco países con las tasas más altas de asesinatos de mujeres, catorce se encuentran en América Latina y el Caribe (Small Arms Survey, 2016). Como tendencia regional, los homicidios de mujeres se incrementaron a una tasa mayor que los de los hombres durante las dos primeras décadas del siglo xx y esta situación empeoró durante la parte más crítica de la pandemia (Menjívar y Walsh, 2017; Programa Estado de la Nación, 2021).

Según un estudio de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) (2015), en América Latina y el Caribe se producen más de quinientos asesinatos al año de personas LGBTIQ+, con altos niveles de ensañamiento y crueldad. Asimismo, América Latina es la región más mortífera del planeta para los defensores de los territorios, ya que concentra más de dos tercios de los crímenes y la destrucción de las tierras indígenas y campesinas se disparó un 74 % entre 2018 y 2019 (Global Witness, 2021; *UN Special Rapporteur on Human Rights Defenders*, 13 de septiembre de 2021).

La región también ha experimentado un acelerado proceso de precarización, con un aumento de las tasas de desempleo, de subempleo y de informalización del trabajo, agudizados por la pandemia del COVID-19. Vale la pena destacar este hecho porque diversos estudios longitudinales han demostrado que el desempleo y el subempleo producen un número considerable de muertos, no solo en la persona desempleada, sino en toda la familia (Therborn, 2016).

Desde esa perspectiva, los datos indican que en muchos lugares de América Latina se experimenta un proceso letal de grandes proporciones que desecha cuerpos, precisamente de aquellos que son expulsados de la categoría de humanos y se convierten en *nuda vida*, la vida sin ninguna cualificación (Agamben, 1998). Esta situación es el resultado de un proceso de acumulación que se ha vuelto necrótico y deja a su paso la desaparición de especies, territorios fértiles, culturas, lenguajes y personas. Algunos autores, como Justin Mc-Brien (2016), llaman a este momento de la acumulación capitalista neoliberal y de la marketización de la sociedad, la era del *Necroceno*.

Estas muertes son el resultado de regímenes desiguales de vida y muerte, producidos por técnicas de la desigualdad social que están impregnadas con cálculos morales acerca del valor diferenciado de los cuerpos. La desigualdad extrema, exacerbada por la mercantilización de la vida y de las relaciones sociales, produce una instrumentalización de la existencia humana y lleva al descarte de muchos cuerpos.

Esta instrumentalización y descarte se operacionaliza por medio de una bioaritmética basada en esos cálculos morales sobre el valor diferenciado de los cuerpos. El género, la raza, la clase social, el estatus migratorio, la sexualidad, la edad, entre otras categorías de poder y distribución de recursos, producen los cuerpos cuyas vidas entran en esa ecuación de riesgo en el contexto de múltiples expresiones de la desigualdad. Las personas de los sectores más excluidos y discriminados son las que experimentan mayores riesgos, dado que son las más fácilmente deshumanizadas y, por tanto, más fácilmente definidas como descartables. En ese sentido, esta bioaritmética es una operación de resta para todos los cuerpos cuyas vidas están desvalorizadas por las diferentes manifestaciones de la desigualdad y la injusticia. También se descarta a quienes se quiere controlar y atemorizar, y por eso el importante número de asesinatos de dirigentes, luchadoras sociales y defensoras de territorios. Como lo plantea Rita Segato (2004), la apropiación de los territorios supone también la posesión violenta de los cuerpos de las mujeres como parte de lo que puede ser sacrificado en aras del control territorial.

Biopolítica, necropolítica y necropoder

El pensador de origen africano, Achille Mbembe (2003), quien desarrolló el concepto de *necropolítica*, ha argumentado que el concepto de *biopolítica* de Foucault ya no es suficiente para explicar las formas contemporáneas de subyugación. No es la biopolítica ejercida por los Estados la que puede explicar las nuevas topografías de la crueldad. Las nuevas formas de ejercicio y racionalización de la violencia

están disponibles para muchos actores, más allá de los Estados, incluyendo los innumerables poderes de facto que se construyen a la luz de los diferentes regímenes de desigualdad.

De esta forma, Mbembe define la *necropolítica* como el uso del poder social, independientemente del poder de Estado, para decidir quiénes viven y quiénes mueren. La necropolítica también está asociada a la idea de *soberanía*, que reside, en gran medida, en ese poder y capacidad para decidir sobre la vida y la muerte. En ese sentido, el ejercicio de la soberanía implica ejercer control sobre la mortalidad y tener la capacidad de definir quién importa y quién no, quién es descartable y quién no. La necropolítica implica la posesión de la capacidad de subyugar la vida al poder de la muerte (Mbembe, 2003; Pele, 2 de marzo de 2020).

En este punto, los análisis de Mbembe se unen con los de otros autores, como Fanon (1986), con su concepto de *vivir por debajo de lo humano*, en referencia a la vida que viven grupos enteros bajo condiciones extremadamente precarias y de violencia perpetua que les expulsan de la categoría de *humano*. Asimismo, Mbembe enlaza sus análisis con los de Agamben (1998) y su concepto de *nuda vida*, como aquella vida desprovista de toda cualificación y a la que cualquiera puede dar muerte. Es decir, una vida descartable en manos de los poderes formales, de facto o despóticos.

Como parte de las reflexiones sobre necropolítica, a las nociones de *biopoder* y *soberanía* de Foucault, Mbembe agrega el concepto de *necropoder*. El concepto de *necropoder* hace referencia al ejercicio de la soberanía y de la capacidad de decidir que amplios sectores vivan en mundos de muerte. El necropoder facilita que la distinción entre el ser humano, la cosa y la mercancía tienda a desaparecer. En ese sentido, construye un brutal sistema de estratificación social cuyos discursos y prácticas producen las condiciones que convierten en descartables a grupos enteros de la población. Hardt y Negri (2004) han argumentado que el necropoder se constituye en una tecnología de los grupos que detentan el poder para usar la vida y el cuerpo como armas.

La producción de mundos de muerte se desarrolla por medio de tres factores que interactúan constantemente, según Mbembe. En primer lugar, la necropolítica siempre lleva aparejada una necroeconomía. El capitalismo moderno y sus nuevas formas de organización de la producción genera un exceso de población que no puede ser usada ni siquiera como ejército de reserva. Esto requiere que esas poblaciones sean controladas por medio de su exposición a riesgos y peligros mortales. La amenaza permanente de muerte se convierte así en un mecanismo de control.

En segundo lugar, la necropolítica se sostiene sobre el confinamiento de ciertas poblaciones en espacios particulares: campamentos de refugiados, prisiones, favelas, barrios marginalizados, territorios impactados por procesos extractivistas, de siembra de monocultivos, de desposesión de la tierra, etc. Este es otro de los mecanismos de control para las poblaciones definidas como descartables. Es decir, se las confina en espacios de gran precariedad, arrasados por la violencia o militarizados como una forma de mantenerlos a raya, acosados y en amenaza constante. Estas poblaciones viven entonces en un espacio-tiempo de dolor, angustia y riesgos constantes.

El tercer factor que permite la instalación de la necropolítica es la producción de muertes en gran escala por medio del terrorismo de Estado, las guerras sin fin, la depredación de los recursos naturales y el empleo de diferentes formas de atrocidad como la tortura, las mutilaciones y los asesinatos en masa. Para justificar estas muertes generalmente se construyen múltiples narrativas como la necesidad de erradicar la corrupción, el terrorismo, la subversión, la criminalidad o el narcotráfico, cuando en realidad muchas veces se trata de guerras de baja intensidad contra los pobres, las personas jóvenes, las mujeres, las y los habitantes de territorios ricos en recursos naturales y las dirigencias de organizaciones sociales, políticas y comunitarias.

Pero el necropoder no se manifiesta únicamente por medio de la producción de muertes en gran escala. Según Mbembe (2003), también se producen “pequeñas dosis de muerte” que estructuran la vida

cotidiana de muchos individuos. Estas pequeñas dosis de muerte provienen de las violencias social, económica y simbólica diarias que destruyen poco a poco los cuerpos y le niegan valor a su existencia social.

Es interesante anotar que 150 años antes de que Mbembe desarrollara su concepto de *necropolítica* y la noción de *pequeñas dosis muerte*, Federico Engels (2002 [1845]) había propuesto el concepto de *asesinato social* para referirse a un fenómeno similar. Engels lo usó para describir el asesinato cometido por las élites políticas y económicas cuando, de forma consciente, permiten que se generen condiciones en las que los sectores más vulnerables y empobrecidos son despojados de los elementos para satisfacer sus necesidades básicas para la vida, lo que inevitablemente los llevará a una muerte prematura y no natural. Es decir, este es un fenómeno que coloca a las personas bajo unas condiciones en las que no se les permite vivir. Así describía Engels el asesinato social en su libro *La situación de la clase obrera de Inglaterra*, publicado en 1845:

Asesinato encubierto, malicioso, asesinato del que nadie puede defenderse, que no parece lo que es, porque nadie ve al asesino, porque la muerte de la víctima parece natural, ya que el delito es más de omisión que de comisión. Pero el asesinato permanece (Engels, 2002 [1845], p. 74)

Asimismo, en la misma línea que Mbembe, Lauren Berlant (1997) ha planteado que en las sociedades contemporáneas existen grupos de personas que, si bien no son eliminadas físicamente, están marcadas para lo que ella ha llamado el pernicioso proceso de las “muertes lentas”. Sus vidas y sus cuerpos están determinados por la completamente normalizada violencia de los mercados, de la colonialidad y del heteropatriarcado. Según Berlant, su muerte prematura es inexorable, aunque no ocurra en un solo acto, dado que sus vidas transcurren en un proceso sistemático de deterioro y de desgaste, lo que se convierte en una condición que define su existencia y su experiencia histórica. Para ella, las distintas formas de opresión (de clase, de raza, de sexgénero, etc.) son en su base discapacitantes y desgastantes y marcan a muchos cuerpos para una muerte lenta.

Desde la anterior perspectiva, se hace evidente la necesidad de complejizar el concepto de *biopolítica* y complementarlo con otros desarrollos teóricos que dan cuenta no solo de los procesos de gerenciamiento de la vida, sino también de la administración e inducción a la muerte. Esa es la potencia entonces de los conceptos de *necropolítica* y *necropoder*, así como de otros asociados a estas reflexiones, como el de *muerte lenta*, para analizar las condiciones generadas por la desigualdad extrema y la marketización de la vida y las relaciones sociales.

Contextos que facilitan el necropoder y la producción de cuerpos descartables

La prevalencia de las fuerzas del mercado impuestas por el neoliberalismo *in extremis* representa un serio cuestionamiento a las aspiraciones de igualdad y a la construcción de sociedades de bienestar. Este nuevo proyecto civilizatorio pone en cuestión de forma radical las aspiraciones democráticas y deja al descubierto la fase necrótica del capitalismo.

Según lo demuestran muchos estudios, en las regiones donde se han implementado políticas neoliberales de forma descarnada, las que han generado extracción sin control de la riqueza, explotación, grandes privaciones materiales, desplazamientos de la población, desigualdad profunda y el deterioro de los servicios sociales, hay una gran propensión a la construcción de ambientes sumamente autoritarios y violentos (Currie, 1997; Ayres, 1998; Arias y Goldstein, 2010). Algunas autoras incluso hablan de una remasculinización o hipermasculinización del Estado y la sociedad como resultado de la operación descontrolada de las ideologías del mercado (Schild, 2016).

En estos contextos, las formas extremas de violencia no son anomalías sociales o eventos extraordinarios. Son parte sustantiva de la lógica de control social de las mujeres, de las personas racializadas, pobres, disidencias sexogenéricas y otras poblaciones históricamente vulnerabilizadas. Es decir, en estos contextos hay poblaciones

enteras marcadas para la muerte, que habitan en zonas de abandono, zonas de sacrificio, donde no opera el contrato social. En estos espacios-tiempos de abandono, la distinción entre escenarios de guerra y escenarios de paz se disuelve.

La producción de muertes lentas y muertes inmediatas juega un papel fundamental en un clima de aumento de la desigualdad, del autoritarismo y del neoconservadurismo. Las muertes se convierten en un discurso punitivo y disciplinario para poblaciones completas, marcadas para la ocupación, la subyugación e incluso la eliminación. En ese sentido, la muerte violenta es una marca distintiva, la final, de los cuerpos que han vivido múltiples formas de desigualdad e injusticias.

Los cuerpos de las personas asesinadas como resultado del sexismo, racismo, clasismo, la xenofobia, la heteronormatividad, etc., son el resultado concreto de los múltiples sistemas de desigualdad en operación que terminan produciendo esta bioaritmética de “descartabilidad” de seres humanos. El cuerpo es el territorio por excelencia donde se pueden encontrar las marcas de la desigualdad, entendida no solo como la injusta distribución de riqueza y recursos, sino también como orden sociocultural y material que reduce nuestras capacidades para funcionar como seres humanos.

Siguiendo a Patricia Hill Collins (1998), es posible argumentar que la violencia es el vínculo que conecta las diferentes formas de desigualdad. La violencia es el espacio de interseccionalidad que estructura y le da sentido a la relación entre las diferentes jerarquías sociales. Desde esa perspectiva, el *continuum* de la violencia está íntimamente unido al *continuum* de la desigualdad y se refuerzan mutuamente para generar mundos de despojo y muerte.

La implementación sin control de los principios de marketización de la vida del neoliberalismo marca un cambio de época. Se ha producido un mundo nuevo con una serie de características, todas ellas directamente relacionadas con la producción de mundos de muerte (Mbembe, 2003; Brown, 2019; Ong, 2006). Entre estas características están la emergencia de un estado global securitario, que

está reconstruyendo las relaciones de los países del sur global con los centros de poder colonial y que suspende las nociones de derecho y libertad, que eran inseparables del proyecto de la modernidad. Asociado a lo anterior, se ha generado también la proliferación de fronteras y de zonas militarizadas por poderes formales y de facto. La amplia presencia de poderes de facto es también el resultado de las ideologías del mercado en su proceso de afianzamiento. Con complicidad de los propios Estados, estos poderes de facto, entre los que se encuentran compañías transnacionales, asociaciones empresariales y hasta grupos del crimen organizado, están usurpando de forma creciente las prerrogativas y los espacios del Estado, con lo que se contribuye a la producción de más zonas de abandono, violencia y sacrificio donde no opera el contrato social. Lo anterior también fomenta la construcción de nuevas formas de *apartheid* social que producen un espacio-tiempo hegemónico de segregación social y exclusión profundas que atraviesa todas las relaciones humanas.

Adicionalmente, este nuevo mundo ha implicado también un debilitamiento o reducción de la función social de los Estados, lo que ha traído como consecuencia el abandono de los sectores más empobrecidos y la ruptura de los sistemas de solidaridad y apoyo que en algún momento brindaron los Estados de bienestar. Otra característica ha sido la financiarización de la economía y el crecimiento sin empleo. Resultado de ese cambio es la violencia económica, que ya no solo se expresa como explotación, sino que convierte en superflua a una parte importante de la población que ya ni siquiera se necesita como fuerza de trabajo de reserva o con fines reproductivos. En ese sentido, ya no solo hay proletariado, sino que amplios sectores de la población se convierten en precariatado, sin posibilidades de encontrar nunca trabajo formal y sometidos a todas las inseguridades, privaciones y angustias del trabajo informalizado.

La extracción sin regulaciones de la riqueza es otra de las características del cambio de época. Esto no solo genera destrucción masiva de los ecosistemas, concentración de tierras y prácticas extractivistas, sino que también genera corrupción, enriquecimiento desmesurado,

bajo la lógica especulativa del lucro, y fomento a los negocios ilícitos. Estos negocios ilícitos, como tráfico de drogas, de personas y de armas son instrumentos fundamentales de la necropolítica.

En ese sentido, el nuevo mundo implica la existencia de violencia perpetua e inseguridad en todas sus dimensiones, incluyendo la incertidumbre frente a la posibilidad de la sobrevivencia misma, así como un aumento del autoritarismo en todos los ámbitos de la vida, del sexismo, del racismo y de la heteronormatividad. Lo anterior implica rupturas profundas en el tejido social, la pérdida del sentido de solidaridad, de empatía y de comunidad, así como la ruptura del tabú de la crueldad y la existencia de altos niveles de tolerancia frente a las diferentes formas de violencia, que se constituyen en dispositivos esenciales de la necropolítica.

Adicionalmente, para que el neoliberalismo pueda convertirse en un proyecto civilizatorio viable, necesita del apoyo de algunos elementos que le proveen de un pilar sociocultural que refuerza ideológicamente el proyecto económico y ayuda a construir las subjetividades necesarias para una vida llena de carencias y controles represivos. En ese sentido, en este nuevo mundo se puede observar un resurgimiento y fortalecimiento de los fundamentalismos religiosos como complemento y apoyo ideológico, así como un fortalecimiento de las normas tradicionales de género y construcción de masculinidades asociadas al control, al honor, al dominio y a la violencia. En respuesta a la precariedad, al racismo y al despojo, en muchas comunidades se refuerzan los tradicionalismos de género, los fundamentalismos religiosos, la sumisión de las mujeres y la valoración positiva de la masculinidad agresiva y autoritaria.

La interconexión de las ideologías del mercado con estas normas y roles tradicionales de género construye una fuerte tendencia para que las mujeres y otras personas vulnerabilizadas sean definidas como posesiones, como trofeos, como objetos de placer o como mercancías, lo cual abre muchas oportunidades para la explotación y la violencia. Así entonces se cierra el círculo en el nivel microsociedad de la producción de mundos de muerte.

Resistencias y las posibilidades de justicia

Si queremos imaginar un mundo sin la preeminencia de la necropolítica y el necropoder, es necesario enfatizar en la necesidad de transformar los factores estructurales que promueven su establecimiento. En primer lugar, hay que tener claro que la gestión de las poblaciones humanas por medio de su exposición a la muerte no es el resultado de la falta de normas o de una legislación deficiente o de un Estado inoperante. Estas condiciones son el resultado de un régimen. Los cuerpos muertos, violados, torturados, hambrientos, migrantes, enfermos sin medicamentos, envenenados en las minas o en las plantaciones son la encarnación material de un régimen económico, de clases, de sexo-género y de raza.

En ese sentido, el discurso de derechos y la demanda por la aprobación de leyes y normas es importante y útil, pero no debilita el poder de la necropolítica ni garantiza justicia para las personas que viven en mundos de muerte. Cambios en la institucionalidad en el contexto de sociedades dominadas por la lógica neoliberal del mercado no eliminan la injusticia ni destruyen el régimen. Bajo esas condiciones, el concepto de *reconocimiento de derechos* arriesga a perder su legitimidad y a quedarse solo para quienes habitan fuera de los mundos de muerte.

La aspiración, probablemente localizada por ahora en el ámbito de la utopía, debe ser la construcción de un nuevo concepto de *justicia* que ayude a dismantelar las jerarquías sostenidas por los diferentes tipos de desigualdad y que han dado pie a la instalación de la necropolítica. Una concepción transformadora de *justicia* hace referencia a una sociedad que posee y sustenta las condiciones sociales, políticas, culturales, económicas y simbólicas necesarias para que todos sus miembros, según su condición particular, desarrollen y ejerciten sus capacidades, expresen sus experiencias y participen en la determinación de sus condiciones de vida (Young, 2000).

Un elemento fundamental que ayudaría a la construcción de un nuevo concepto de *justicia* sería el desarrollo de formas novedosas de resistencia para transformar la precariedad en vida política activa y que fomenten el derecho a la existencia fuera de los designios del necropoder. Para esto sería también necesario plantear la necesidad de construir las demandas políticas a partir de los grupos más excluidos y desposeídos, sobre todo de aquellos que han experimentado en carne propia las nuevas topografías de la crueldad.

Las reivindicaciones deben entonces poner énfasis en la transformación de los factores estructurales que fomentan la violencia, el despojo y que han permitido la subyugación de la vida al poder de la muerte. En ese sentido, sería necesario dismantlar las desigualdades económicas, sociales y territoriales, la explotación, las desigualdades raciales y la persistencia del colonialismo, así como la mercantilización de la vida. El autoritarismo y la militarización del mundo y de los conflictos sociales también son importantes dispositivos del necropoder que tienen que ser dismantlados. Asimismo, se hace necesaria una reconstitución del tejido social y de la solidaridad, por medio de la eliminación de la precariedad de la vida, lo que contribuiría a que no se rompa el tabú de las prácticas extremas de crueldad.

No se puede avanzar en la construcción de mundos de justicia sin dismantlar el complejo de relaciones jerárquicas de poder que naturalizan las normas de género, y los discursos y prácticas que fomentan la masculinidad violenta, la femineidad subordinada y los binarismos de género. Esta tarea será imposible sin enfrentar también los tradicionalismos y los fundamentalismos religiosos.

En resumen, la aspiración debe ser a la construcción de una nueva sociedad y de una nueva biopolítica, desde la perspectiva transformadora de la justicia, que genere una empatía profunda entre las personas, independientemente de sus diferencias, así como de estas hacia los animales no humanos y hacia la naturaleza. Es decir, una biopolítica que no solo controle y gerencie, sino que respete y abrace la vida en todas sus formas, en lugar de la necropolítica construida por los poderes represivos.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: PreTextos.
- Arias, Enrique Desmond y Goldstein, Daniel (2010). *Violent democracies in Latin America*. Durham: Duke University Press.
- Ayres, Robert (1998). *Crime and violence as development issues in Latin America and the Caribbean*. Washington D. C.: Banco Mundial.
- Bailey, William C. (1984). Poverty, inequality, and city homicide rates. *Criminology*, 22(4), 531-550.
- Berlant, Lauren (1997). *The Queen of America Goes to Washington City: Essays on Sex and Citizenship*. Durham: Duke University Press.
- Brown, Wendy (2019). *In the ruins of neoliberalism: The rise of antidemocratic politics in the West*. Nueva York: Columbia University Press.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] (2019). *Panorama Social de América Latina 2019*. Santiago. <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/d72d0e2f-76bb-4857-9a02-101784439750/content>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos [CIDH] (2015). *Violencia contra personas LGBTI*. <https://biblioteca.corteidh.or.cr/adjunto/38734>
- Currie, Elliott (1997). Market, crime, and community: Toward a mid-range theory of post-industrial violence. *Theoretical Criminology*, 1(2), 147-172.
- Fanon, Frantz (1986). *White skins, black masks*. Londres: Pluto Press.
- Global Witness (2021). *Annual report 2020: Time for a climate revolution*. Londres. https://www.globalwitness.org/documents/20127/2020_Annual_report_layout_forweb.pdf
- Grana, Sheryl J. (2001). Sociostructural considerations of domestic femicide. *Journal of Family Violence*, 16(4), 421-435.
- Engels, Federico (2002 [1845]). *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Publicaciones Mía. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/situacion.pdf>

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Debate.

Hill Collins, Patricia (1998). The tie that binds: Race, gender and US violence. *Ethnic and Racial Studies*, 21(5), 917-938.

Mbembe, Achille (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40.

McBrien, Justin (2016). Accumulating Extinction: Planetary Catastrophism in the Necrocene. En Jason W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism* (pp. 116-137). Oakland: PM Press.

Menjívar, Cecilia y Walsh, Shannon D. (2017). The architecture of Femicide: The state, inequalities, and everyday gender violence in Honduras. *Latin American Research Review*, 52(2), 221-240.

Ong, Aihwa (2006). *Neoliberalism as exception. Mutations in citizenship and sovereignty*. Londres: Duke University Press.

Parker, Robert Nash y Toth, Allison M. (1990). Family, intimacy, and homicide: A macro-social approach. *Violence and Victims*, 5(3), 195-210.

Pele, Antonio (2 de marzo de 2020). Achille Mbembe: Necropolitics. *Critical Legal Thinking*. <https://criticallegalthinking.com/2020/03/02/achille-mbembe-necropolitics/>

Programa Estado de la Nación (2021). *Sexto Estado de la Región 2021*. San José: CONARE-PEN.

Small Arms Survey (2016). A gendered analysis of violent deaths. *Research Notes*, (63), 1-8. <https://www.smallarmssurvey.org/sites/default/files/resources/SAS-Research-Note-63.pdf>

Schild, Veronica (2016). Feminismo y neoliberalismo en América Latina. *Nueva Sociedad*, (265). <https://nuso.org/articulo/feminismo-y-neoliberalismo-en-america-latina/>

Segato, Rita (2004). Territorio, soberanía y crímenes de segundo Estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. *Série Antropologia*, 362. <http://repositorio.ciem.ucr.ac.cr/bitstream/123456789/19/2/RCIEM010.pdf>

Therborn, Goran (2016). *Los campos de exterminio de la desigualdad*. México: Fondo de Cultura Económica.

UN Special Rapporteur on Human Rights Defenders (13 de septiembre de 2021). Global Witness reports hundreds of Environmental Defenders killed in 2020. <https://srdefenders.org/information/global-witness-reports-hundreds-of-environmental-defenders-killed-in-2020/>

United Nations Office on Drugs and Crime [UNODC] (2023). *Global Study on Homicide 2023*. Nueva York. https://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/gsh/2023/Global_study_on_homicide_2023_web.pdf

Young, Iris Marion (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra.